

## IN MEMORIAM JOSEF PIEPER (1904-1997)

Uno de los fenómenos intelectuales más interesantes de este siglo ha sido, sin duda alguna, la aparición en su primera mitad, pero sobre todo en el período de entreguerras, de toda una legión de pensadores cristianos de enorme relevancia e indiscutida genialidad. Maritain, Gilson, Marcel y Garrigou-Lagrange en Francia; Lewis, Elliot, Chesterton, Waugh y J. Green en Inglaterra; Messner, Grabmann, Scheler y R. Allers en los países de habla alemana; DeKoninck, Bourke, Y. Simon y Kluberantz en Norteamérica; D'Ors, Maeztu, Zubiri, García Morente y Pemán en España; Gemelli, Sciacca, Olgiati, Del Noce en Italia, reformularon y recrearon las tesis centrales de la sabiduría occidental en un marco marcadamente cristiano. Una explicación posible de este fenómeno, que no es éste el lugar de desarrollar, es que éstos y tantos otros pensadores descubrieron que el núcleo maduro de la cultura de Occidente se encontraba en el cristianismo, fundamentalmente en el cristianismo católico.

Hace pocos días falleció en su apacible casa de Malmedyweg, en las afueras de Münster, uno de los más destacados y difundidos representantes de esta legión de intelectuales: Josef Pieper, quien puede ser justamente caracterizado como uno de los más admirables filósofos cristianos de este siglo. Nacido en 1904 en la aldea westfaliana de Elte —Étienne Gilson lo llamaba *le philosophe westphalien*—. Estudió filosofía, derecho y sociología en Münster y Berlín, doctorándose en 1929 con una tesis sobre Tomás de Aquino. Luego vivió varios años de su trabajo como escritor libre, sin ingresar de un modo formal a la estructuras académicas. En esto último influyó decisivamente su franca oposición al nazismo, la que se hizo evidente cuando, encargado por una editorial de escribir unos libros sobre las virtudes, comenzó su labor con el correspondiente a la fortaleza, la virtud cuyo acto más propio, sostenía Pieper, es la firme resistencia al mal y que alcanza su culminación en el martirio.

Movilizado durante la Segunda Guerra Mundial, debió suspender su trabajo intelectual, el que reinició a fines de la contienda, siendo designado en 1946 profesor de la Escuela Superior de Pedagogía de Essen. Poco tiempo después pudo volver a su querida Westfalia, al ser nombrado profesor ordinario de antropología filosófica en el *Philosophisches Seminar* de la Universidad de Münster, cargo que ejerció hasta que fue designado profesor emérito. Luego de su retiro, y en esa calidad de profesor emérito, continuó dictando cursos y seminarios en la misma universidad, actividades que sólo abandonó poco antes de su muerte. Cabe destacar la gran acogida que tenían estos cursos, a los que asistían muchos más oyentes de los que suelen frecuentar este tipo de actividades.

Su obra escrita es de una vastedad inusual para un filósofo, ya que incluye decenas de libros, centenas de artículos, casi un millón de ejemplares editados en traducciones al inglés, español, francés, italiano, polaco, sueco, portugués, holandés y japonés. Casi todos sus libros son muy breves, ágiles y armónicos, como que se inspiró en una forma musical, la *suite*, para diagramar sus escritos. Si bien su obra filo-

sófica abarca casi todas las partes de la filosofía, hay cuatro temas que parecen haber acaparado preferentemente su atención: el de las virtudes morales y teologales (*Las virtudes fundamentales*), el de la esperanza y el fin de los tiempos (*Sobre el fin de los tiempos, Sobre la esperanza, Muerte e inmortalidad*), el del ocio y la contemplación (*El ocio y la vida intelectual, Una teoría de la fiesta, Entusiasmo y delirio divino*) y el del realismo filosófico (*El descubrimiento de la realidad, Defensa de la filosofía, Actualidad del tomismo*). Además, escribió enjundiosos libros de historia de la filosofía, entre los que se destacan el muy suscito pero sumamente ilustrativo *Escolástica* y una originalísima *Introducción a Tomás de Aquino*.

Por otra parte, sus libros están escritos en un exquisito estilo literario, rico y directo, que no sólo deleita a quien los aborda, sino que hace enormemente atractivas para el lector las doctrinas que desarrolla. Esta belleza literaria de su obra le valió, entre otras varias distinciones, el haber sido designado miembro de número de la Academia Alemana de la Lengua y de la Poesía con sede en Darmstadt. También como conferenciante desarrolló una actividad prolífica y destacada, que lo llevó a los Estados Unidos, la India, Japón y a toda Europa.

Pero la reseña de toda esta rica actividad intelectual no alcanza mínimamente para dar una imagen adecuada y completa de la personalidad filosófica de Josef Pieper. En efecto, él era un auténtico filósofo, no un erudito, un mero *scholar* o un historiador de la filosofía. Por ello, todo lo que Pieper escribía, aún cuando comentaba a Platón o a Tomás de Aquino, era auténticamente original y decididamente novedoso. Es notable ver, cuando se leen sus obras más propiamente tomistas, que es el mismo Pieper quien habla, a partir del Aquinate, pero con una impronta personal que toma inconfundibles a sus trabajos: basta con leer unos pocos renglones para darse cuenta de que se trata de una obra suya.

Esta novedad se pone en evidencia en muchas de sus doctrinas más elaboradas; por ejemplo, la que sostiene la primacía de la perspectiva de las virtudes en la ética tomista. Efectivamente, mucho antes que los sostenedores actuales de esa interpretación, como Pinckaers, Abbà o McIntyre, Pieper defendió que el núcleo de la filosofía moral tomista no se encontraba en el *Tratado de la ley* o en el de los *Actos humanos*, sino específicamente en la *Secunda secundae*, la parte más extensa de la *Summa theologiae*, en la que se estudian exhaustivamente las virtudes morales. Que la ética tomista es esencialmente una ética de virtudes, era una afirmación completamente revolucionaria en los años '30, y que le atrajo más críticas que elogios, pero que hoy aparece como la exégesis más acertada de la ética de Tomás de Aquino.

Este carácter tomista original de su pensamiento también se manifiesta en la particular perspectiva con que encara los estudios éticos: la de la buena vida humana. Para Pieper, como por otra parte también para su maestro de Aquino, «lo que en estas cuestiones morales más interesa es averiguar qué es, en rigor, lo que fundamentalmente hace a un hombre bueno y recto»; y refiriéndose específicamente a la justicia, precisa que «lo exigido por el recto ser del hombre no es tan sólo que se realice "lo justo", sino que se *sea* además justo». Esta perspectiva de la «vida buena» o de la «vida lograda», reivindicada en nuestros días por Robert Spaemann y otros autores, distingue netamente a la ética realista propuesta por Pieper de las modas consecuencialistas, constructivistas, deontologistas o consensuales a que nos tiene aconstum-

brados la ética contemporánea y que han abocado, todas ellas, a la desfundamentación, la vacuidad y el desconcierto.

Éstas y varias otras doctrinas fueron desarrolladas por el filósofo de Münster a partir de la experiencia y de la razón, pero siempre en el marco provisto por la fe cristiana. Efectivamente, para Pieper la filosofía sólo puede alcanzar su límite en el contexto de la fe, ya que de lo contrario se cae en un «especialismo» estéril o en un panteísmo idealista de matriz hegeliana. «Posiblemente —escribía Pieper— se constatará que más de una vez he traspasado los límites que se le han impuesto al filósofo. Asumo ese reproche. Sin embargo, sólo tendrá razón allí donde la línea divisoria entre el vestíbulo y el *sancta sanctorum* quede claramente visible. Es necesario distinguir entre filosofía y teología; pero mantenerlas separadas me parece no sólo apenas posible sino, sobre todo, ilícito, ya que ambas acaban así siendo igualmente estériles». Ésta es, por otra parte, la actitud que han asumido todos los genuinos pensadores cristianos de este siglo: conscientes de que la gracia eleva a la naturaleza, no han despreciado irreflexivamente sus luces, sino que las han asumido positivamente en sus intentos de comprensión del mundo contemporáneo.

Estas posiciones de Pieper le valieron en algunos círculos el mote de «anticuado», aunque, es preciso reconocerlo, nada sea más necesario hoy en día que este tipo de «anticuados». En ese sentido, ha escrito Hans Urs von Balthasar que «debemos un profundo agradecimiento a Josef Pieper por repetirnos sin descanso, en sus meditaciones pasadas de moda, aquello de lo que más necesita saber nuestro tiempo». Es posible sostener por ello, parafraseando a Karl Löwith, que Pieper ha sido un pensador esencial para este tiempo indigente: indigente de sentido de la realidad, indigente de actitud contemplativa, indigente de auténtica comprensión del ser, y, sobre todo, indigente de apertura al Ser trascendente, que otorga significado a todo lo real y, en especial, a la entera vida humana. Josef Pieper sabe ahora, abandonadas las limitaciones de este mundo, mucho más de todas estas verdades, es decir, de lo que realmente vale la pena saber.

CARLOS I. MASSINI CORREAS

Universidad Nacional de Cuyo. Universidad de Mendoza.  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.



JOSÉ MARÍA DE ESTRADA (1915-1997)

A los ochenta y dos años falleció en Buenos Aires el Dr. José María de Estrada, quien había nacido en Mar del Plata en 1915 en el seno de una familia que ha ofren-